

## LA UNIVERSIDAD Y LA ESPERANZA \*

### PONENCIA

MAGALI GARCÍA RAMIS \*\*

**A**GRADEZCO LA INVITACIÓN QUE ME HICIERA EL LICENCIADO ANTONIO García Padilla para celebrar junto a ustedes el libro de su autoría *La Universidad y el país: escenarios del siglo 21*.

Acabo de jubilarme de la Universidad de Puerto Rico, pero tuve la fortuna de estar presente durante su incumbencia como presidente, así que son muchas las coordenadas que me unen a este texto. A los efectos, he preparado una breve reflexión que sigue a las muy acertadas palabras de los dos compañeros que me precedieron, y que he titulado: La Universidad y la esperanza. Y dice así:

Este es un libro de una gesta de esperanza, libro que nos adentra en el quehacer académico y administrativo de un tiempo cuando el país comenzó a cambiar. Este es un texto de la memoria fundacional de un académico a quien le tocó ser el presidente de la institución educativa y cultural más importante de Puerto Rico en los albores de un nuevo siglo. El texto comienza explicando el entorno desde el cual el licenciado Antonio García Padilla se planteó la transformación que debería operarse en todo el sistema universitario para atemperarlo al nuevo rol que las universidades tenían de cara al siglo 21.

Muchos aquí y allende los mares se sorprendieron cuando el nuevo milenio no trajo las calamidades que los brujos tradicionales y cibernéticos habían augurado; había optimismo, explica el autor, para enfrentar los retos políticos, sociales y económicos y el país, aparentemente, tenía una base sólida que se extendía a todas las unidades gubernamentales, incluida la Universidad de Puerto Rico.

El centenario de la UPR en el 2003 hizo a muchos re-mirar su entorno y aprender a aquilatar su historia, su pertinencia en el país, la tradición de los recintos y de su gente y hasta su arquitectura y patrimonio artístico. El protagonismo de la Universidad como ente formador de ciudadanos en el ámbito social, cultural y económico del país, dice el autor, todavía era patente.

Pero se hacía necesario re-conformar la Universidad a tono con los retos que proponía el nuevo siglo; había que entender la educación superior como eje de la sociedad del conocimiento y del libro se desprende que ese fue, quizás, el fundamento de la gesta a la que lanzó el nuevo presidente.

---

\* Ponencia ofrecida en el Colegio de Arquitectos de Puerto Rico, el 27 de enero de 2012.

\*\* La autora es escritora y periodista cultural. Obtuvo un Bachillerato en Historia en la Universidad de Puerto Rico y una Maestría en Ciencias del Periodismo en Columbia University. Catedrática jubilada del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y miembro desde el 2009 de la Academia Puertorriqueña de la lengua Española.

A través del libro nos insertamos en las políticas institucionales a las que se le dio mayor énfasis, y el autor explica, a veces en detalle, por qué consideró fundamental guiar los destinos de la Universidad desde esa nueva visión.

Un gran acierto del libro es que va mostrando, con naturalidad, que nada de lo acometido en torno al primer centro docente del país puede entenderse como un proyecto aislado, pues la Universidad y sus funciones y sus logros y sus problemas están insertados en la fibra misma de la vida del pueblo puertorriqueño. Así vemos cómo, por ejemplo, la investigación y los programas académicos en torno a las ciencias de la salud y las empresas manufactureras y farmacéuticas aparecen íntimamente ligadas al desarrollo económico, social y laboral del país.

El reto principal entonces, fue reconceptuar la institución como un organismo multifacético que tenía que ser transformado tomando en cuenta todo lo que la conformaba conceptual y físicamente. Por eso la formación y preparación del claustro, la acreditación de los programas, el reclutamiento de estudiantes que representaran a todo el país, la optimización de los recursos físicos y tecnológicos de cada recinto y todas las demás instancias del sistema, fueron objeto de redefiniciones. Igualmente, los recursos académicos, la preservación - celebración añadiría yo - del patrimonio edificado y artístico de la Universidad, el proyecto de internacionalización, la adopción de nuevas plataformas informáticas, todo lo que atañe al proceso de enseñanza- aprendizaje, investigación y creación fue abordado por el plan maestro diseñado desde la presidencia.

En particular, a los que estábamos en la Universidad en aquel entonces, nos llamó la atención un concepto del que mucho se había hablado pero que nunca se había viabilizado: el fondo dotal, el resultado de trabajar con ahínco para que los egresados de la Universidad le prodigaran una herencia, la que fuese, que le permitiese seguir creciendo. Como explica el autor, de pronto “fondo dotal” se convirtió en palabra casera para los universitarios.

El licenciado García Padilla señala que este libro es *un ensayo* a través del cual va a explicar su visión de la Universidad y las medidas que tomó para tratar de encausarla en ese camino. También es una reflexión continua sobre lo que se logró y lo que se pudo haber continuado haciendo, porque los diversos factores internos y externos que interactúan en la Universidad, muchas veces descarrilan proyectos y otras *los detienen a cambio de pequeños beneficios sectoriales*, según indica acertadamente el autor.

A pesar de su múltiples problemas, a pesar de todo lo que le ha tocado a la Universidad enfrentar en estos primeros lustros del nuevo siglo, esta institución sigue siendo la principal de educación superior en el país y la preferida, señala García Padilla. En eso, es única, porque en cuanto a todo lo demás del ámbito público, los puertorriqueños parecen preferir lo privado: hospitales, escuelas, agencias. Solo en torno a la Universidad se da ese fenómeno de la preferencia masiva del pueblo y es algo que se ha ganado la institución por mérito propio. Este libro es una prueba de cómo la gestión del Presidente García Padilla procuró que esa excelencia se mantuviese y se proyectara hacia el futuro.

La lista de iniciativas que dio a la luz el proyecto *Diez para la Década* es larga; la de los escollos que tradicionalmente ha tenido la Universidad es corta, y

todos requetesabemos qué ocupa el primer lugar en esta: las diferencias ideológicas y la injerencia exagerada de la política partidista en la decisiones que se toman en la Universidad. Ese descomponer lo compuesto y derribar lo edificado cada vez que hay cambio de gobierno atenta contra todo lo que debe de ser una universidad, pero por más que invocamos nuestros orígenes similares a los de las universidades estatales de Estados Unidos, a sus modos de gobernanza y a sus posibilidades de desarrollo, nunca, en la Isla, hemos logrado sobreponernos a eso.

El libro es fecundo en celebrar las iniciativas académicas y culturales de la Universidad en esos años y nos aviva, entre otros, el recuerdo del proyecto de internacionalización, la Iniciativa Bilingüe, la reestructuración de la Editorial con sus decenas de libros publicados por mérito y no por amiguismo, los logros maravillosos del Coro que nos identifica, las acreditaciones de importantes dependencias académicas, la pléyade de cursos, talleres y conferencias que se auspiciaron y fomentaron para que la institución continuara en ascenso. Es un libro que celebra lo que se hizo y que apunta a lo que queda por hacer.

Antes de comenzar a leerlo, hice un ejercicio de memoria. Sin abrir un solo cartapacio, sin releer un solo documento, sin mirar en una sola de las cajas que llené de libros, papeles, recortes y memos importantísimos que me llevé a casa al vaciar la oficina que ocupé en la Escuela de Comunicación del Recinto de Río Piedras una vez me retiré, traté de identificar qué fue lo primero que yo recordaba que cubrió la prensa de Puerto Rico al principio de la gestión del Presidente García Padilla, y qué fue lo último que cubrió al finalizar su ejecutoria. No puedo evitarlo, es mi naturaleza, pues durante 38 años, con algunos hiatos, enseñé periodismo en la Universidad. ¿Qué fue lo relevante, según los medios? ¿Qué fue lo que pareció digno de comunicarse? Y, más importante desde el punto de vista de la influencia de los medios en nosotros su público, ¿qué imágenes archivaron mis neuronas y aún me muestran cuando les ordeno abrir esos archivos cerebrales? La primera es una foto - de esas de identificación que guardan los diarios - pequeña, en blanco y negro. Solo muestra la cara del señor presidente y parte de su chaquetón, camisa y corbata, con un calce que lo identifica, y que acompaña un artículo en el que se indica a los lectores que el nuevo presidente investigará las incongruencias de la construcción y los contratos de Plaza Universitaria. Claro que deben de haberse publicado otras notas y otras fotos, pero esta es la primera que recuerdo; y recuerdo que nos dio una gran alegría. Llevábamos años clamando porque alguien con poder investigara, pidiera cuentas de cómo era posible que una persona se lucrara tanto de los bienes de la Universidad y fuera juez y parte de la construcción de ese complejo de edificios. Así recuerdo el comienzo de la presencia mediática del presidente.

La del final de su gestión es una foto más grande, de un grupo de hombres en torno a una guagua, en un camino bordeado de vegetación frondosa; algunos tienen un *jacket* puesto, creo, y están de perfil, o de espaldas en una fila o semicírculo como ¿a punto de abordar la guagua? Son legisladores que están, como las hormigas cuando les matan la reina, algo desorientados. Habían subido por vez primera a la casa en ese solar en un cerro de Río Piedras que el profesor Manrique Cabrera donó a la Universidad, buscando algo llamado *lujos ilegales* y

no parecían haberlos hallado. ¿Dónde estaban las figuritas Lladro de ninfas y flores y bailarinas alargadas, con sus tonos pálidos? ¿Dónde, los televisores gigantes, de plasma, parte de un *home theater* para ver a pata suelta a don Francisco o al *Invader* en su más reciente lucha? ¿Dónde, las cocinas con grandes mostradores de formica o de granito? ¿Dónde, los pisos de mármol blanco bañados en Mistolín con olor a rosas, fuerte y penetrante muestra del poder? ¿Dónde, la cava legendaria como de lugarteniente nazi que se rumoraba tenía licores de nombres que ellos no podían ni remotamente pronunciar? ¿Y dónde, los cisnes que hubieran traído para el Jardín Botánico? Pero sobre todo, ¿dónde estaba el deslumbrante y carísimo y totalmente fuera de lugar en un ámbito cultural universitario piano de cola que la universidad había comprado? ¡Piano de cola! No guitarra acústica, batería ni *set* de congas para acompañar un buen himno religioso. No, piano de cola, ese símbolo de música de cámara o de orquesta que uno tiene que escuchar en un recinto donde no haya estridencia. Piano de cola, mundo ajeno, cultura inexplicable, universidad incomprensible.

Ellos estaban allí haciendo una visita ocular, ellos tenían por encomienda hurgar y perseguir. Nada de proyectos de internacionalización, nada de entender los alcances del fondo dotal, nada de siquiera preguntarse quién fue Manrique Cabrera y por qué donó esa casa, esa casa que no tiene lujo alguno, ni siquiera un bonito gallo de yeso a la entrada que es lo primero que quizás ellos habrían puesto si ellos fuesen los funcionarios universitarios a cargo de la propiedad. Ellos estaban allí a instancias de un pequeño sector de la propia institución que fue a buscarlos porque sus reclamos supuestamente no habían sido escuchados por la presidencia y en cambio, esa casa habían denunciado, tenía lujos; pero no podían hallarlos. Porque las veces que allí estuvimos, profesores, estudiantes, miembros de la comunidad puertorriqueña, administradores, decanos o rectores, a diferencia de lo que se hace en las reuniones sociales de los legisladores, nos dedicamos a plantearnos cómo ayudar al país a crecer, no a cómo destruir adversarios políticos. Y el lujo mayor fue escuchar al coro de Mayagüez o a un grupo de estudiantes de música, invitados a compartir su talento, que se desbordaba en esa casa heredada de un hombre que mucho amó la Universidad.

Entre estas dos fotos en mi archivo memorial transcurrieron unos ocho años; tiempo durante el cual, al igual que las fotos recuerdan, el presidente, por un lado dio cara por la institución, rindió cuentas y comenzó proyectos y, por otro, fue -y continúa siendo- el blanco de toda la ira que los adversarios tradicionales de la institución esgrimen cuando se quedan sin argumentos y no encuentran por dónde uno comienza a odiar un piano de cola.

Durante ese lapso la Universidad creció, siguió desarrollándose como se suponía hiciese, enfrentó graves problemas -desde huelgas, hasta el retiro de los fondos que por ley le tocaban- pero nunca claudicó. Los universitarios apoyamos unas iniciativas, no estuvimos de acuerdo con otras, defendimos nuestra institución desde diversas plataformas, pero nunca cesamos de ser quienes éramos: los custodios y hacedores del proceso de la enseñanza-aprendizaje más relevante a nivel superior, en todo el país.

*La Universidad y el país* es una memoria de la gesta de un administrador, iniciativa que deberían tomar todos los expresidentes de la UPR para dejarnos saber su lado de la historia. Pero no es solo memoria, es también, parafraseando a su autor, un ensayo que muestra *espacios de luz*, no solo de sombras, de cuando la Universidad de Puerto Rico tuvo al timón un universitario que entendió a cabalidad la responsabilidad de esta institución para con el país; de un tiempo cuando floreció la educación superior, de un tiempo que tenemos que recordar para poder tener esperanzas de nuevo. De un tiempo cuando, sin titubeos, podemos afirmar: la Universidad *tenía* un presidente.